RADIO EXTERIOR DE ESPAÑA

(Comentario 23 octubre de 1986)

Uno de los acontecimientos colectivos más extraordinarios de los últimos años fué la enorme explosión de júbilo popular que recorrió la ciudad de Barcelona al conocerse la noticia de que el Comité Olímpico Internacional había otorgado a Barcelona la organización de la Olimpiada de 1992. Fué un día increíble,un estallido de emoción general, como si de golpe se revelasen a la luz grandes caudales de energía soterrada que, finalmente, encontraron un cauce y un objetivo para expresarse. Debo confesar que a mi personalmente me sorprendió la magnitud de aquella manifestación de júbilo. Esperaba una buena reacción, pero la realidad superó con creces mis expectativas. Y creo que lo mismo les ocurrió a muchas otras personas.

En aquellas circunstancias, en pleno estallido de entusiasmo,el presidente del Gobierno, Felipe González y el presidente de la Generalitat, Jordi Pujol, transmitieron sendos mensajes por televisión. El Presidente González a través de la primera cadena de TVE. El Presidente Pujol a través de la televisión autonómica de Cataluña,TV3.

El Presidente González, tras expresar su felicitación a Barcelona y congratularse de lo que la Olimpiada de 1992 podía representar para Cataluña y para España, recordó que la Olimpiada coincidirá con el quinto centenario del Descubrimiento de América y subrayó que en aquellas mismas fechas España había completada su unidad política bajo el reinado de los Reyes Católicos.

El Presidente Pujol presentó la concesión de la Olimpiada de 1992 a Barcelona como un triunfo de toda Cataluña y consiguió no mencionar ni una sola vez la palabra "España" en su alocución.

Al día siguiente, los diversos órganos de prensa resaltaron con grandes titulares el acontecimiento. Pero el diario ABC de Madrid consiguió la proeza periodística de mencionar en primera página a los grandes artífices del éxito sin incluir entre ellos al alcalde de Barcelona Pascual Maragall y al presidente Felipe González. A su vez, el diario AVUI, de Barcelona, directamente vinculado a C.D.C. consiguió otra proeza no menos singular: dar la noticia con grandes titulares sin mencionar a Barcelona.

Estos dos detalles periodísticos son, desde luego, anecdóticos pero muestran un talante y un partidismo políticos muy significativos. Los sectores políticos que están detrás de estos órganos de prensa ven la Olimpiada como el objetivo de un gran combate político interno y anuncian por donde irán las escaramuzas.

Las alocuciones de Felipe González y de Jordi Pujol plantean otro problema más profundo, a saber: si la preparación y la celebración de un acontecimiento de las dimensiones de la Olimpiada servirá para reforzar la unidad política de la España de las Autonomías o para dar alas a un nacionalismo centrífugo que tiende a encerrar a Cataluña en si misma. La preocupación es, desde luego, legítima y comprensible, visto como van las cosas últimamente. Pero yo entiendo que la insistencia de Felipe González en recordar la unidad histórica de España fué desproporcionada o, más exactamente, desconectada del clima creado por la entusiasta reacción de la población barcelonesa y catalana en general.

últimamente se han expresado muchas preocupaciones sobre el auge de las corrientes independentistas entre amplios sectores de la juventud catalana. Son preocupaciones justificadas y yo mismo me he referido a este fenómeno desde este micrófono en varias ocasiones. Los independentistas son en Cataluña una minoría, pero la radicalidad de sus consignas y de sus acciones amplifica mucho sus planteamientos y produce la impresión de que expresan el sentir de la mayoría de la juventud . Y es importante recordar, al respecto, que los independentistas son contrarios a la celebración de la Olimpiada de Barcelona porque, según ellos, hará perder catalanidad a la ciudad.

Pues bien, el viernes pasado la gran mayoría de los barceloneses que salieron a la calle para exteriorizar su alegría eran jóvenes. Y estos barrieron literalmente a unos independentistas que ni se atrevieron a hacer acto de presencia. En realidad, lo que demostró la manifestación de júbilo de Barcelona es que cuando hay iniciativas y objetivos que estimulan a la gente, ésta responde, participa e impulsa. Y que el independentismo sólo aparece con cierta espectacularidad cuando la mayoría de los ciudadanos carecen de perspectivas y de iniciativas que abran cauce a sus afanes de participación. Quiero señalar, por ejemplo, que cuando el Ayuntamiento de Barcelona ha lanzado un llamamiento a inscribirse como cooperador voluntario para la Olimpiada se han inscrito en muy escaso tiempo unaa 70.000 personas, la gran mayoría jóvenes.

En otras palabras: el independentismo está ahí, ciertamente, pero cuando la izquierda es capaz de plantear objetivos y de abrir cauces que interesan a los ciudadanos, lo que predomina es la identificación con estos objetivos y el deseo de participar activamente en su realización. El problema no es tanto el independentismo como la falta de

iniciativa de la izquierda, la falta de definición de objetivos que estimulen las energías colectivas. Por eso el recordatorio de Felipe González a la vieja unidad política de España es innecesario. Los miles de ciudadanos jóvenes que salieron a la calle en Barcelona y muchas ciudades de Cataluña para festejar la concesión de la Olimpiada no se planteaban esta cuestión como el problema principal. Y por eso fué el alcalde de Barcelona, Pascual Maragall, el que encontró la fórmula exacta que resumía el fondo de lo que estaba ocurriendo y de lo que debe ocurrir en el próximo futuro cuando se dirigió a la inmensa multitud que había acudido a la montaña de Montjuïc diciendo:"Lo que es bueno para Barcelona es bueno para Cataluña.Y lo que es bueno para Cataluña es bueno para España".Eso dijo y la multitud le respondió con una gran ovación.

Ya sé que esto no es definitivo y que habrá muchos e importantes intentos de utilización de la Olimpiadapor el nacionalismo centrífugo. Pero el antídoto es éste y no las apelaciones generales a la vieja y poco estimulante unidad tradicional de la España tradicional.